

Mi enemistad con el cáncer

Sarahí González Navarro

¿Qué si tuve novios? Sí, muchos. Pero un buen día, entre tanto jugar con el amor llegó él. Era guapo y joven; con una actitud de alegría ante la vida que lo distinguía de los demás. Nos enamoramos. A mis 26 años nos casamos en una ceremonia sencilla porque el cáncer había vuelto. Ese cáncer que estaba latente en su cuerpo y que, al desaparecer, había hecho que su amor a la vida y su agradecimiento a Dios fuera tan grande.

Faltando un mes para nuestra boda, ese cáncer linfático contra el que tanto había luchado regresó para quedarse.

Nuestra boda se realizó dos días después de un tratamiento de quimioterapia. Ahora creo que la gente, y sobre todo mi familia, me veía con una mezcla de admiración y lástima por casarme con una persona con tan pocas expectativas de vida. Pero el amor logró consolidar ese matrimonio. Yo pintaba su cráneo entre el poco cabello que quedaba en su nuca, para que saliera mejor en las fotos de la boda. Su palidez era cadavérica ese día, pero sus ojos brillaban más que nunca debido al amor que también él me profesaba. A partir de ese momento nuestra filosofía fue disfrutar al máximo lo que le quedara por vivir a cada uno, pues “nadie sabe quién se va primero”.

Después de los tratamientos fueron muchas las imágenes de angustia y dolor emocional y físico. Yo despertaba en la madrugada y lo tocaba, para ver si seguía respirando; cuando me cercioraba de que sí, sentía un pequeño alivio y luego el cansancio me vencía y volvía a dormir. Así transcurrió un año entero.

Vivíamos en una ciudad lejana a la de mi familia, en la cual nos incorporamos a una asociación para niños con cáncer. Los dos participábamos en actividades para reunir fondos y procurar

mejores condiciones de vida a esos niños, o bien adquirir los medicamentos que requirieran.

Ahora creo que en cada niño y en cada familia que ayudábamos, nos estábamos ayudando a nosotros mismos. La Asociación estaba conformada por aproximadamente diez personas, con espíritu de ayuda y sensibilizados al dolor humano. Esas personas siempre estuvieron muy pendientes de los tratamientos de mi marido. Creo que ellos fueron mi familia en aquella ciudad tan lejana a la mía en esos momentos tan dolorosos.

Conforme avanzaba su enfermedad, él se empezó a comportar de una forma extraña. Un día me dijo: “Ya no te quiero; es mejor que nos divorciemos”. Después de reponerme de la sorpresa, acepté, pensando que sería mejor que pasara los últimos días de su vida tranquilo; si su felicidad estaba lejos de mí, valía la pena mi dolor.

Poco después de la separación recibí una llamada: “Javier acaba de morir”. No puedo explicar lo que sentí. No fui al sepelio, era demasiado para enfrentarlo; no lo hubiera resistido.

Cuatro meses después de su muerte, al regresar a esa ciudad situada en el corazón del desierto chihuahuense, donde había vivido la mayor felicidad y el mayor dolor de mi vida, recibí una carta en la cual Javier explicaba que había mentido, que no quería que yo sufriera su muerte, y que prefirió darme el dolor de la separación en lugar del dolor de verlo morir.

Aclaraba que la decisión la tomó cuando el médico dejó de darle esperanzas y cuando se enteró de que su cuerpo ya estaba invadido por esa terrible enfermedad. ¡El cáncer le había ganado! y a mí me había arrebatado la felicidad. En ese momento sentí mucho coraje por no haber sospechado sus razones, y mucho dolor por no haber estado con él en sus últimos días.

Sentí rabia contra todo: contra él, contra la vida, contra mí misma, contra el cáncer.

Una tarde de invierno regresé al calor del hogar, con mi familia. Ahí pasé diez años; entre novios que me despertaban

efímeras esperanzas y prolongadas desilusiones, seguí con mi carrera, siempre con el recuerdo de Javier en mi corazón.

Ahí, en mi ciudad natal, conocí a Elías, la escoria del pueblo; un mujeriego con tres matrimonios fracasados e hijos regados por todas partes. No sé cómo pero sucedió. Ahora creo que el destino hizo de las suyas De pronto me encontré esperando un bebé. Una mezcla de sentimientos recorrió todo mi cuerpo: miedo, angustia, ilusión, amor, desconcierto... En mi madurez una nueva vida se gestaba dentro de mí y yo me sentía como una adolescente desamparada y asustada.

Hoy formamos una familia feliz: mi hijo de tres años, mi hija de tres meses, mi marido y yo. Han pasado cuatro años desde que la vida me dio una segunda oportunidad para ser feliz. Mi marido es otro: como si una varita mágica lo hubiera transformado en un hombre cariñoso, un marido comprensivo, un padre amoroso. Ahora creo que tanto él como yo nos estábamos buscando para vivir a plenitud, como me enseñó mi primer amor, a quien siempre llevaré en mi corazón y en mis oraciones.

Cuando habían transcurrido tres años desde el inicio de mi nueva oportunidad, organizamos un festejo para mi padre, pues se estaba jubilando. A pesar de que se quejaba de un dolor en el pecho desde meses atrás, esto no impidió que disfrutara de su tan esperado retiro. Entre risas y júbilo terminó el día con su fiesta sorpresa preparada por todos: mi madre, mis hermanos, las nueras, los yernos, los nietos y yo.

Un mes después lo internamos en el hospital, pues el dolor había aumentado; los médicos dijeron que no era nada de cuidado, sólo una inflamación en el pecho. Sin embargo el dolor volvía una y otra vez, hasta que un médico recomendó una biopsia. Y ¡Oh sorpresa! Mi padre tenía cáncer de pulmón con dos enormes tumoraciones.

Cuando recibí la noticia fue como si la película de la lucha contra el cáncer de mi primer esposo pasara por mi mente con las escenas más trágicas vividas años atrás. Desde ese momento la unión familiar se consolidó para luchar por la salud de mi padre.

Él se sometió a varios tratamientos de quimioterapia. Yo tenía ya la experiencia de lo que eso significaba, pero mi familia no. Los vi uno a uno buscando y luchando por encontrar tratamientos alternativos y esperando un milagro, pues el mal estaba muy avanzado. Incluso buscamos un tratamiento experimental a nivel mundial, que en sus primeras etapas había logrado buenos resultados con varios pacientes. Pero con mi padre no fue así.

Transcurrió un año completo entre quimioterapia y medicina alternativa, con el consecuente desgaste económico y emocional de mi familia completa. Día a día veía a mi padre perder su vitalidad. Su delgadez era tan impactante que su cuerpo semejaba un esqueleto con piel.

Para mí, la mayor de sus seis hijos, fue terrible ver a mi papito morir a cada momento, mientras recordaba al hombre fuerte, sano y cariñoso de los días de mi niñez, el que había sido como un héroe para mí. Lo vi cambiar a tal grado que no se le reconocía físicamente, y su cordura y su fuerza se iban minando. Fue un dolor tan fuerte y tan difícil de manejar...

El cáncer me había arrebatado a mi marido primero y ahora me arrebatava a mi padre. Escuchar la palabra *cáncer* detonaba dentro de mí una mezcla de sensaciones fugaces pero muy intensas: tristeza, impotencia, dolor, coraje... mucho coraje.

Al cabo de un año el día fatal llegó. Recuerdo haberme estrujado por dentro. Eran las tres de la mañana cuando mi madre nos despertó a Elías y a mí: "¡Avísales a tus hermanos que vengan a despedirse de tu papá!".

Mi hermana la menor se abrazaba a él gritando "¡Todavía no, todavía no!". Mi madre, extrañamente tranquila, con 15 kilos menos y la tristeza arraigada en su semblante, intentaba confortarnos a todos. Mis cinco hermanos y yo, esperando el último suspiro, escuchábamos a mi padre delirar, ya sin claridad en sus palabras. De pronto sonrió y le dijo a mi madre: "¡Te amo!". No respiró más.

Ahora, después de un año de mi segunda lucha contra esta terrible enfermedad, aún escucho la palabra *cáncer* y mi ser no deja de removerse, como si unas manos gigantes lo estrujaran.



A pesar del dolor que me provocó vivir enfrentando el cáncer, esta enfermedad no marchitó mi espíritu, y creo que el de Javier y el de mi padre tampoco, pues siento que ellos me acompañan a donde voy. También creo que Javier gestionó una segunda oportunidad para mí; la oportunidad de ser feliz con mi Elías. Y estoy segura que mi padre, desde algún lugar difícil de imaginar, sigue cuidando de mi madre, de mis hermanos y de mí.